

La Sibila del año 140, al despedirse del lector le anunciaba que falsamente dirían los hombres que era oriunda de Eritrea en Grecia, que era la Sibila hija de Circe y de Glauco y que la llamarían loca y embustera, pues cuando se verificase lo vaticinado, se la llamaría Gran Profetisa de Dios.

Esos argumentos críticos eran muy débiles, y si algún hebreo se dejó engañar por ellos, tuvo que ser hombre de educación inferior. Pero el auténtico argumento del judaísmo era la vida judía. Dichosos, alegres, honrados, conformes con su inferioridad, filósofos a su modo, parecían verdaderos sabios los judíos, cuya vida resaltaba sobre la inmoralidad griega y la bajeza egipcia. Sus costumbres eran puras, y su fisonomía, como la de los primeros cristianos, dulce y reposada. Viendo sus retratos, se concibe la verdad de la palabra atribuida a Jesús: «Los dulces poseerán la tierra.»

Iguales cosas podían decirse de los candorosos. Nada más infantil que la idea del autor de la Sibila de que habría más justicia en el mundo, si la administrase Dios mismo, o sea los profetas y sacerdotes en nombre suyo. Si hubiera vivido en Jerusalén habría visto que el poder ejercido en nombre de una religión es más duro que cualquier poder profano, y que los romanos podían considerarse libertadores, comparados con los asmóneos.

Los oráculos sibilinos de los judíos de Alejandría no consiguieron su objeto más inmediato. La población helénica los leyó poco; pero el grano sembrado encuentra siempre un rincón de tierra donde germinar. A los cien años, Virgilio, el más delicado de los poetas, revestía las mismas ideas de una forma exquisita.

Virgilio, conocedor de la literatura alejandrina, debió de conocer el poema sibilino u otra publicación del mismo género. Su alma tierna, religiosa a su modo, y su necesidad de esperar, se aficionaron fácilmente a tales ensueños.

Los hexámetros alejandrinos del año 140 antes de Jesucristo han tenido mayor influencia que el poema clásico más hermoso. Han sido una de las bases del cristianismo. Hemos creído, porque Justino, Clemente de Alejandría, Lactancio y otros muchos han creído que aquellos versos malos eran verdaderamente de la Sibila de Eritrea. No fue la Eritrea ni la Sibila de Cumas quien los escribió, pero dicen la verdad. Hay en ellos un juicio de Dios, hay una medida absoluta de las cosas mortales. Hay un porvenir para la humanidad.

La religión es una impostura necesaria. Los medios más toscos de alucinar a la gente no pueden despreciarse tratándose de una raza tan necia como la especie humana, que cuando admite la verdad nunca la admite con buenas razones, por lo cual hay que darle otras malas. En este sentido, la Eritrea fue una verdadera profetisa. Sus versos apócrifos han penetrado en lo más hondo del corazón de la humanidad. Se creerá porque ella creyó; se espera porque ella esperó. *Teste David cum Sibylla.* ¡Viva el falsario que logró tan buen éxito!

No acabó con esto la literatura sibilina. Aquellos oráculos se repetían

sin cesar, y nada es más difícil que poner fecha a tales composiciones, siempre escritas en versos malos, pero llenos de sentimientos purísimos. A cada suceso grave de interés para la historia religiosa, encontraremos las impresiones de este juez permanente, que todo lo apreciaba desde el punto de vista de Israel, y justificaba el adagio: «La Sibila no muere.»